EGB 03 03

Asignatura PRONEP-EGB. Título, El comentario de textos. Autores, María Isabel de Castro y Félix Sepúlveda.

Día de grabación, 13 de mayo de 1980. Día de emisión, 7 de junio de 1980. Como ya habíamos anunciado en emisiones anteriores, este guión radiofónico tendrá como tema el comentario de textos.

Comentar un texto no es otra cosa que acercarse a la obra de un autor con más profundidad y rigor que el que se lleva a cabo mediante una simple lectura. El escoyo que aparece a la hora de analizar un texto responde casi siempre al método. Con frecuencia se solicita de los profesores un formulario que sirva de plantilla para el análisis de cualquier texto.

Cada texto, y no es nada nuevo, tiene rasgos propios que lo individualizan de todos los demás y parece obvio que no puede aplicarse la misma fórmula a todos ellos. La personal reflexión del comentarista después de varias y detenidas lecturas será el mejor camino para ponerse en contacto como receptor con ese emisor desconocido que ha dejado su mensaje y su estilo en un fragmento literario. Todo otro fragmento contiene una comunicación y un modo de comunicar al mismo tiempo.

El comentarista deberá captar, extraer ambos aspectos fundamentales. Primero, la comunicación, es decir, qué nos dice el autor. Segundo, el modo de comunicar, o lo que es lo mismo, cómo, de qué manera nos lo dice.

El primer interrogante tiene su respuesta en lo que llamamos tema. El segundo, en la forma. Tema y forma constituyen los dos puntos fundamentales en los que ha de basarse todo comentario literario.

En los últimos años han proliferado los libros de comentarios de texto y se han propuesto distintos modelos para la realización de esta tarea. La verdad es que las diferencias de unos con los otros son, muchas veces, más aparentes que reales, y en muchos casos dependerá del énfasis que se ponga en cualquiera de los aspectos que incluiría un comentario global ideal. También las unidades de nuestro curso proponen un modelo que coincide sustancialmente con el que Lázaro Carreter expone en su libro cómo se comenta un texto literario.

Como este modelo está allí suficientemente expuesto y ejemplificado, hoy vamos a proponerle otro método, del que ya ha recibido usted el esquema. Es el mismo que Ana María Barrenechea y Mabel Manacorda de Rossetti proponen en su libro Antología. Veremos el método funcionando.

Al mismo tiempo que le vamos explicando paso a paso el método, le iremos dando su aplicación concreta al texto de Aldecoa que usted recibió junto con el esquema de dicho método. Iba a la escuela. Pasaba frío.

La maestra encendía la estufa que no llegaba a calentar el local. Echaba en la chapa cáscaras de naranja que despedían olor de confituras quemadas cuando se empezaban a tostar. Ella estaba en los primeros bancos del lado del gran ventanal por el que entraba la plateada luz del día de invierno.

Las manos las tenía llenas de sabañones coloradas hasta el amaratamiento. Le picaban los dedos y se rascaba con furia. Oía la voz de la maestra.

Ernesta, no te rasques, te voy a tener que poner guantes. No me arrasco, señorita. Enfrente, colgado de la pared, brillaba el mapa de España.

La pizarra tenía reflejos de coleóptero. Se miraba muy intensamente a la pizarra y llegaba a marearse. La maestra pensaba.

Esta chica no come bien. Alimentación insuficiente. La miraba de reojo.

Ernesta se distraía con cualquier cosa. Quería pensar hondo sobre las cosas que la distraían. Una mancha de tinta, los reflejos de la pizarra, el pájaro momentáneo en el alféizar de la ventana.

Sobre todo, hacía frío. El frío penetraba en ella que sentía su hurgo debajo de la piel. Luego se le escapaba una tritona repentina.

Enseguida comenzaba a llenarse de nuevo del frío. Pasaba tanto frío que cuando salía a orinar, por muchas ganas que tuviese, no orinaba. La orina era una reserva de calor dentro del cuerpo.

En el patio se le iba el frío jugando a la soga. Una y dos, K. Una y dos, F. Una y dos, K, F. La vecina que hay enfrente, como no tiene que hacer, pasa el día en la ventana mirando si va a llover. Una y dos, K. Una y dos, F. La escuela era una planta baja, húmeda y destartalada.

Los bancos estaban fabricados toscamente y sentarse en ellos constituía un martinio. Muchos tenían las patas hechas con los palos de los carteles de señales de la carretera y todavía conservaban la pintura a franjas rojas y blancas. Las niñas y los niños se sentaban distribuidos por bancos.

En los primeros, las niñas. Tras ellas, los niños. La maestra era joven, joven y triste.

Se quejaba del hígado. Me he estropeado el hígado en este pueblo haciendo un régimen de comidas absurdo. Huevos y tocino todos los días por no variar.

Estoy la mayoría del tiempo mareada. Cuando me levanto y me miro las manos, me parece que sale humo de ellas. En fin.

En el patio de la escuela, una especie de corralón, llevaban una dudosa vida vegetal cinco arbolillos. Las heladas terribles del invierno y el calor de fragua del verano acababan con ellos. Dos estaban ya secos, pero la maestra no quiso arrancarlos confiando en que reverdecerían

con la primavera.

Los niños sabían que era inútil y ya se lo dijeron. Señorita, esos árboles están más secos que el arroyo en verano. La maestra sonrió.

Hay que esperar a que llegue la primavera. El tercer punto del esquema que usted tiene delante es el comentario literario. Como se ve, se trata de descubrir en el texto el esquema de la comunicación, el autor o emisor, su posición ante el mensaje o realidad representada y la postura que el lector o receptor adopta ante dicho mensaje.

Veamos estos puntos en el texto de Aldecoa. Punto primero. El autor en la obra.

Apenas comenzada la lectura, se observa cómo la mayoría de los verbos aparecen en tercera persona y en pretérito imperfecto, lo que nos indica que estamos ante un fragmento narrativo donde un narrador invisible que desaparece en el relato nos ofrece una panorámica rural que incluye una escuela y dos personajes. A veces dejará fluir el pensamiento o las palabras de los mismos, poniéndonos en contacto con lo que piensan o dicen en un conjunto desordenado de impresiones asociadas o introducidas en las secuencias descriptivas. Punto segundo.

El lector y su participación. El autor no exige aquí un lector partícipe, sino un lector pasivo, un oyente silencioso al que nunca se dirige en una apelación directa para que escuche o corrobore. Será solamente un receptor que no se incorpora de manera directa a la narración en ningún momento.

Punto tercero. La realidad representada. Está constituida por tres núcleos.

La escuela, Ernesta y la maestra. La escuela se describe como una planta baja, húmeda y destartalada. Es una escuela de pueblo.

Bancos incómodos fabricados toscamente. Muchos tenían las patas hechas con palos de las señales de la carretera. El mapa, la pizarra... El local era frío.

La estufa no llegaba a calentarlo. Y el patio, una especie de corralón en el que difícilmente sobrevivían cinco arbolillos sujetos a las heladas terribles del invierno y al calor de fragua del verano. ¿Cómo es Ernesta? Sólo a través de pinceladas sueltas podemos muy parcialmente retratarla.

Las distracciones, el mareo, la alusión a su escasa alimentación y sobre todo el frío. El frío penetraba en ella que sentía su hurgo dentro de la piel. Luego se escapaba en una tiritona repentina.

Frío que produce sus hinchados y amoratados abañones. Se vislumbra una niña perteneciente a un ambiente rural pobre en este conjunto de datos al que se añade su incorrecta respuesta. No me arrasco, señorita.

La maestra era joven y triste. Se quejaba del hígado, de frecuente mareo, de las absurdas

comidas del pueblo. Pero hay una nota optimista, la única de todo el texto, referida a este triste personaje.

Cuando los árboles de la escuela están secos no quiere arrancarlos confiando. Hay que esperar que llegue la primavera. Y sonríe.

No sorprendemos en la narración hechos o acciones. Nada importante sucede. Es el devenir ordinario.

Imprecisa también es la época que puede ser tanto la actual como medio siglo atrás. La estación es el invierno. No se manifiestan sentimientos, si exceptuamos la tristeza de la maestra y una, adivinada por el lector, inadaptación de esta mujer al ambiente.

Pero abundan las sensaciones físicas, primordialmente ese frío reiterado, el picor de las manos, el olor de confituras quemadas en la estufa, el mareo. El ambiente que se percibe es desolado y triste. Viene señalado especialmente por la descripción de la destartalada y fría escuela a la que se añaden, cooperando, intensificando esa desolación, los no menos tristes personajes de Ernesta y la maestra.

El esquema o estructura del fragmento es complejo. Cuatro apartados lo dividen, de los cuales el primero incluye descripción y diálogo. El segundo es enteramente descriptivo.

El tercero incorpora a la descripción habitual una cancioncilla escolar y su estribillo. Y en el cuarto, más extenso, se incrusta un monólogo de la maestra en la descripción para finalizar con un brevísimo diálogo entre maestra y niños. No existe una distribución ordenada entre los modos literarios, diálogo, monólogo, descripción.

Se trata de una intercalación arbitraria de aquellos en esta. Advertimos tres niveles de lenguaje, aunque sin diferencias notables entre ellos. Lenguaje común en la maestra, lenguaje vulgar en Ernesta, representado por la incorrección a rasgo dentro de una muestra mínima, Ernesta apenas habla en el texto.

El narrador posee un lenguaje natural nada afectado, pero con la incidencia esporádica de determinados elementos que le aproximan al lenguaje literario. Plateada luz, tópico desde luego, pájaro momentáneo, dudosa vida vegetal, nos ofrecen un uso extraño del adjetivo. La utilización de imágenes metafóricas, la pizarra tenía reflejos de coleóstero, el calor de fragua del verano, la serie ternaria de adjetivos para calificar la planta de la escuela, baja, húmeda y destartalada, la antítesis, heladas terribles del invierno, calor de fragua en verano, la repetición del adjetivo joven para añadir una antítesis figurativa joven y triste, constituyen recursos que nos remiten a considerar el nivel del lenguaje del narrador como literario.

Sobremanera es visible la reiteración del término frío, originando la caracterización principal de la escuela y la sensación predominante que padecen los personajes. Muy variada la sintasis, se alternan oraciones simples con las adjetivas adverbiales y coordinadas copulativas, semántica sencilla, lésico fácil, ausencia de palabras escogidas. En general, el lenguaje se ajusta al tono

realista del fragmento y en la narración no hay despliegue alguno de la fantasía.

De los aspectos analizados, autor, lector y realidad representada, habrá que resaltar sobre los demás el que más importante sea en cada texto. En algunos lo fundamental será la realidad representada, en otros la presencia del autor o la exigencia de participación en el lector. En la valoración final se recogerá principalmente el aspecto que se manifieste con más intensidad para relacionarlo con los recursos técnicos utilizados, comprobando si el autor ha logrado el ensamblaje perfecto entre lo que dice y el cómo lo dice.

La habilidad narrativa de Aldecoa se confirma en este sencillo fragmento, realizado sobre la base de una descripción en la que se introducen arbitrariamente un monólogo y dos breves diálogos, con un lenguaje natural, parco en recursos literarios, ausencia de palabras difíciles y variadas sintaxis, todo ello adecuado al cuadro realista que presenta. Realidad, que sin duda alguna es lo más importante del texto. Desolada realidad, diríamos, presente o pasada, una escuela rural, como tantas otras, fría, húmeda y destartalada, expuesta al rigor del invierno y al calor del verano, que pudiera estar ubicada en cualquier punto de nuestra geografía.

En esta escuela, una niña Ernesta, como tantas otras, distraída, mal alimentada, tiritando. Y la maestra, joven y triste, quizá enferma y posiblemente incómoda en el ambiente, completan este fresco realista que se ofrece ante los ojos del lector y ahí queda sin que el autor emita un juicio directo sobre esa realidad.